

ejército frances. Una vez envuelto y destruido el ejército, los coligados se lisonjaban de que el suelo de Francia, agotado ya el patriotismo y cubierto de sangre, no tendría otro que oponerles, y que cortados los brazos á la revolucion, podrian herirle en el pecho. Avanzaron en consecuencia en seis columnas contra el ejército del Norte, que debian encontrar entre Menin y Courtray. Pichegru estaba ausente, visitando en aquel momento sus cuerpos del Sambre. Moreau y Souham destruyeron los planes de los coligados y batieron reunidos á las diferentes columnas separadas, cuya reunion evitaron, consiguiendo la victoria de Turcoing, y convirtiendo en una derrota, en Waterloo, la marcha del ejército inglés. El duque de York, que mandaba aquel ejército, debió su libertad á la ligereza de su caballo. Tres mil prisioneros y sesenta cañones enemigos quedaron en poder de los republicanos. La gloria de Francia brillaba, bajo Moreau y Pichegru, en Waterloo; ella debia palidecer despues de haber adquirido mayor brillo, bajo Napoleon, en otro Waterloo. Este nombre va siempre acompañado de triunfos y de reveses en los fastos de nuestros destinos. Aquella victoria, conseguida sobre el enemigo á pesar de nuestra inferioridad numérica, redobló por el entusiasmo el valor de nuestros soldados. Pichegru llegó al dia siguiente para recoger los frutos de ella, frutos que le fueron disputados con encarnizamiento en un combate de quince horas, en donde el nombre de Macdonald comenzó á figurar con gloria entre los de Moreau, Hoche, Pichegru, Marceau y de Vandamme. Encargado Moreau del sitio de Ipres, rechazó á Clairfayt que iba á socorrer la plaza á la cabeza de treinta mil soldados. Por fin la tomó despues de varios asaltos obstinados, é hizo en ella seis mil prisioneros.

## III

Durante estas operaciones, Carnot tenia la vista fija sobre el Sambre, tantas veces pasado y repasado, y que parecia ser el límite fatal disputado entre la coalicion y la república. Carnot habia enviado allí á Jourdan, que fué injustamente destituido del mando del ejército del Norte, y nombrado entónces por aquel representante general del ejército del Sambre y Mosa. Jourdan no tomó otra venganza de la ingratitud de su patria que cubrirla con su espada y con su genio. Saint-Just y Lebas, que estaban presentes en medio de los débiles cuerpos que cubrian aquel rio, no cesaban de arrojarlos al otro lado para lanzar la guerra á terreno enemigo. Llegando Jourdan con cincuenta mil hombres del ejército de los Ardennes, resolvió pasar el Sambre á la voz de estos representantes. Marceau y Duhesme habian rechazado á los austriacos sobre Thuin y Lobbes, facilitando así el paso del Sambre al ejército que les seguia; pero abandonados por las tropas del general Desjardins, á quien detuvieron algunas disposiciones mal combinadas, repasaron el rio para reunirse al cuerpo principal. El impaciente Saint-Just mostró de nuevo el Sambre ó la muerte á los generales Charbonnier y Desjardins. El 20 de Mayo, estos generales se lanzaron al otro lado del rio. Acampados en las playas extranjeras á la inmediacion del Sambre, Charbonnier y Desjardins destacaron á Kleber y Marceau para que fuesen á proveer de víveres al ejército por el lado de Francia. Durante aquella imprudente desmembracion de fuerzas, atacados por los austriacos, los franceses fueron rechazados hasta el rio, debiendo su salvacion á la vuelta de Kleber y al valor de Bernadotte, que acudieron al ruido del cañon. Teñido el Sambre de sangre francesa, volvió á quedar entre los enemigos y nosotros.

Jourdan iba avanzando hácia allí con sus fuerzas, pero el ardor de Saint-Just no le permitió esperarle. «¡Charleroi! ¡Charleroi!—repetia sin cesar á los generales, como Caton á los romanos, en el consejo de guerra.—Arregladlo como queráis, pero es necesario dar una victoria á la república.»

Kleber repasó el rio el 26 de Mayo, y esperó tres horas, bajo la metralla de veinte piezas, á las columnas que debian seguirle. Deshecho, en fin, por nuevas baterías que destrozaban los flancos de su vanguardia, le fué preciso replegarse. El 29, Saint-Just hizo pasar el rio á Marceau y á Duhesme. Las cabezas de sus columnas chocaron contra treinta y cinco mil hombres del príncipe de Orange, y volvieron á pasar el rio en derrota. En fin, llegó Jourdan en medio de aquellos inútiles asaltos. Saint-Just le proclamó en seguida general del ejército del Sambre y Mosa y del Norte á la vez, adjudicándole todos los generales y todos los cuerpos, y dándole la dictadura de la campaña. Jourdan reunia al instinto militar de Saint-Just la ciencia del general y el número de los batallones. Por sexta vez pasó el Sambre, y marchó sobre Charleroi seguido de ochenta mil combatientes.

Empezaba el nuevo generalísimo á bombardear á la ciudad y á situar los cuerpos de ejército, previendo una batalla próxima, cuando atacado de improviso y hallándose sin municiones, sin baterías, sin apoyo, sin haberse podido poner aún en contacto con el resto del ejército, y batido por tres formidables masas enemigas, se vió obligado, á pesar de los prodigios de inteligencia y de valor de Kleber, de Marceau, de Duhesme, de Lefebvre y de Macdonald, á replegarse precipitadamente al valle del Sambre y cubrirse de nuevo con su corriente. Irritado Saint-Just, aunque testigo de la intrepidez de las tropas y de la obediencia de los generales, temblaba que la noticia de aquel reves despopularizase al comité y á Robespierre. El mismo habia combatido como un héroe, pero la gloria no era nada sin el triunfo. Para Saint-Just la victoria era su política, su campo de batalla estaba en Paris, y no encontraba nada imposible con tal que fuese necesario á la salvacion de la república. Carnot no cesaba de escribirle: «Una victoria en el Sambre, ó la anarquía en Paris».

En fin, el 18 de Junio, habiendo reunido en dos dias sus parques de artillería, sus refuerzos y sus municiones, se aprovechó de la confianza que habia infundido al príncipe de Coburgo aquel triunfo para repasar el Sambre y avanzar sobre Charleroi. El príncipe de Coburgo habia destacado la mayor parte de sus batallones y de su caballería para reforzar á Clairfayt contra Pichegru. Jourdan bloqueó á Charleroi y atrincheró los pueblos que cubrian su frente, y principalmente á Fleurus. En el centro de su línea construyó un reducto armado con diez y ocho piezas de grueso calibre, y apagó los fuegos de Charleroi. Aquella plaza se rindió en el mismo dia, y Saint-Just se mostró generoso con la guarnicion, dejándole salir con armas y bagajes. En el momento en que ésta evacuaba la plaza y desfilara delante del representante del pueblo, el estampido del cañon que resonaba á lo léjos anunciaba á Charleroi un socorro tardío, y á Jourdan una nueva batalla que no podia ménos de estar muy próxima.

El príncipe de Coburgo era el que se aproximaba, y el que al verificar su reunion con el príncipe de Orange, empezaba á cañonear las avanzadas del ejército frances. Jourdan dispuso sus tropas en semicírculo, apoyando las alas en el Sambre, que no podian repasar, y no dejándoles otra alternativa que la victoria ó la

muerte. Marceau, Lefebvre, Championnet y Kleber mandaban los diferentes cuerpos, y de esta batalla data la primera gloria que rodeó sus nombres. Algunos atrincheramientos enlazados por fuertes reductos y defendidos por tropas escogidas cubrieron las dos extremidades avanzadas de nuestras alas y todo el centro de la division.

El príncipe de Coburgo renovó en aquella ocasion la eterna rutina de la antigua escuela, diseminando sus fuerzas y sus ataques. Dividió sus ochenta mil hombres en cinco columnas que avanzaron en semicírculo para acometer al ejército francés por todos los puntos y á un mismo tiempo. El príncipe de Orange, el general Quasnodowich, el príncipe de Kaunitz, el archiduque Carlos, hermano del emperador, y el general Beaulieu, mandaban estas columnas de ataque. Las columnas avanzaron todas entre reveses y triunfos momentáneos contra las tropas republicanas. Championnet, arrollado por un instante, se retiró detras de los atrincheramientos. El espacio que dejó vacío se inundó al instante con la numerosa caballería austriaca, convirtiéndose por esta evolucion en el centro del campo de batalla.

La suerte del combate que sostenian contra aquellas masas Lefebvre y Championnet se le ocultaba á Jourdan por una nube de humo. En este momento se vió por cima de aquella humareda un globo que llevaba algunos oficiales del estado mayor francés. Carnot quiso aplicar al arte de la guerra la invencion hasta entónces estéril de la aerostática. Este punto móvil de observacion, cerniéndose por cima de los campos y despreciando las balas, debía ilustrar al genio del general en jefe. Los austriacos dirigieron algunos proyectiles contra el globo, y le obligaron á elevarse á una gran altura para evitarlos. Los oficiales que iban en él reconocieron, no obstante, la situacion peligrosa de Championnet, y bajaron precipitadamente para informar de ella á Jourdan. Este general marchó en seguida con sus reservas, compuestas de seis batallones y otros tantos escuadrones, al socorro de Championnet, y penetró con él al paso de carga y sobre montones de cadáveres en las posiciones abandonadas. El gran reducto fué reconquistado, y empezó á arrojar balas sobre las líneas austriacas, en las que abrió grandes claros. La caballería francesa se lanzó al galope en aquellas brechas y las hizo mayores á sablazos, tomando cincuenta piezas. Pero en el momento que Jourdan cortara el centro enemigo, el príncipe Lambesc, á la cabeza de los carabineros y coraceros imperiales reunidos, cayó sobre la caballería francesa y le arrebató su victoria y sus despojos. Empezábamos ya á replegarnos, cuando el príncipe de Coburgo, viendo la bandera tricolor que ondeaba sobre las murallas de Charleroi, conoció que el fruto de la jornada y de la campaña habia sido arrebatado al ejército coligado, é hizo tocar retirada. Entregando de este modo el campo de batalla á Jourdan, le entregó tambien con él el nombre de Fleurus y el honor de la victoria.

Veinte mil cadáveres cubrieron el campo de batalla. Aquella victoria nos dió de nuevo á Bélgica, y no tardó en hacer entrar bajo las leyes de la Convencion á las ciudades francesas que momentáneamente habian sido invadidas por el extranjero. Carnot y Saint-Just resolvieron reunir el ejército del Norte al ejército del Sambre y Mosa, lanzar á Pichegru á la conquista de Holanda, separar á Clairfayt del duque de York, cortar de este modo en trozos el ejército grande de la coalicion, hacer sublevar las provincias del Rin y de los Países Bajos, aprovechar la



vacilacion de Prusia, separar al Austria del lado de nuestros enemigos, y escuchar las proposiciones pacíficas que el emperador empezaba á hacer á Robespierre. El carácter sufrido de éste habia herido, en efecto, vivamente la imaginacion de los hombres de Estado de la corte de Viena. Cansado de inútiles esfuerzos, asustado por la preponderancia de Prusia, inquieto por la inaccion de Rusia, é impaciente por las exigencias de Pitt, el gabinete austriaco meditaba una defeccion. Sólo la anarquía y la inestabilidad del gobierno republicano impedian al emperador entrar en tratos, esperando para descubrirse que el advenimiento de Robespierre á la dictadura diese unidad á la república, un centro á las negociaciones, y una garantía á la paz.

Toma de las líneas de Weissembourg.  
Pág. 370.

## IV

El solo peligro real de la república en los últimos meses de la campaña precedente habia sido el bloqueo de Landau y la ocupacion de las líneas de Weissembourg, estas dos puertas de nuestros valles del Rin y de los Vosges. El comité de salud pública resolvió entónces hacer los más desesperados esfuerzos para reconquistar aquella posición y hacer levantar el bloqueo de Landau. Landau ó la muerte, fué la contraseña de los tres ejércitos del Rin, de los Ardennes y del Mosela. Los levantamientos en masa y el fervor unánime de las poblaciones belicosas de la Alsacia, de los Vosges y del Jura reforzaron rápidamente aquellos tres ejércitos.

Pichegru mandaba el del Rhin. Su carácter rudo y su exterior republicano habian conquistado á este general la confianza de Robespierre, de Saint-Just y de Lebas. Estos hombres sombríos veian en Pichegru un hombre de una virtud y de una modestia antiguas, capaces de salvar á la república é incapaces de pensar en dominarla. El alma ambiciosa de Pichegru ocultaba bajo un profundo disimulo el pensamiento de dominio que germinaba ya en su mente.

El mando del ejército del Mosela, destinado á verificar su union con el de Pichegru, fué dado por Carnot al jóven general Hoche, á quien sus hazañas en el ejército del Norte habian señalado á la consideracion de la república. A los veintiseis años, Hoche, unida al ardor de la edad, poseia ya la madurez de los generales antiguos. El fuego de la revolucion ardia en su alma, y no veia en la gloria más que el esplendor de la libertad. Aceptó el mando como se acepta un deber, dando de buen corazon su vida á la república en pago del honor que le tributaba. Los soldados, que veian en él hasta dónde podian extender su ambicion, ratificaron con sus aclamaciones la eleccion del comité. En pocos dias comunicó á su ejército el fuego que abrasaba su alma. Con treinta mil hombres se lanzó á la cima de los Vosges, combatiendo al principio con fortuna y despues con desgracia á Kaiserslautern; hasta en su derrota se replegó honrado por los representantes, testigos de su juventud y de su valor, reunió algunos refuerzos de los Ardennes, volvió á probar fortuna, se arrojó sobre Werdt para atacar y destruir á Wurmser, aturdió á este general austriaco, rechazó su ala derecha, tomó sus posiciones, hizo prisionero un cuerpo considerable, y verificó su reunion con el ejército del Rhin.

Admirados Baudot y Lebas de la decision y de la fortuna de los movimientos de Hoche, le destinaron, con perjuicio de Pichegru, al mando de los dos ejércitos reunidos. Hoche atacó á la vez á los prusianos, que estaban en masa alrededor de Weissembourg, y á los austriacos, acampados frente del Lauter, entre Weissembourg y el Rhin. Desaix y Michaud, sus tenientes, se precipitaron sobre aquellas líneas, las destruyeron y entraron victoriosos en Weissembourg. Levantóse el bloqueo de Landau. Los austriacos repusieron el Rhin, y los prusianos se retiraron á Maguncia. El anciano duque de Brunswick, que los mandaba, dejó el mando, humillado de verse derrotado por un general de veintiseis años.

Pero despues de aquellas hazañas, que habian purgado el suelo de la república y puesto dos ejércitos en manos de un adolescente, la envidia se habia cebado en el general Hoche. Celosos Saint-Just y Robespierre por su ascendiente sobre las tropas, y cediendo á las insinuaciones de Pichegru, le habian arrebatado, como á Custine, del medio de su campamento. Enviado desde allí al ejército de los Alpes, Hoche fué preso de nuevo á su llegada á Niza. Le llevaron á Paris, y fué encerrado en los Carmelitas. Algunos dias despues, una orden más severa le hizo trasladar á la Conserjería, con las manos atadas como si fuese un vil criminal. En la época de que vamos hablando, hacía ya cinco meses que yacía preso. El hombre que habia salvado la república, y que no tenia más crimen que su gloria, esperaba cada dia el suplicio por premio de los servicios tributados á su patria. Hoche se habia casado algunos meses ántes con una jóven de diez y seis años, que no tenia más dote que su amor, y estaba en correspondencia con ella por medio de billetes lacónicos que le hacía entregar burlando la vigilancia de sus carceleros. Vivía con la racion de la cárcel, y se vió precisado á vender su caballo

de batalla para mantenerse. Soportaba las privaciones, la indigencia, y hasta la perspectiva del suplicio, sin blasfemar ni aún interiormente de la república. «En estos gobiernos,—escribía á su esposa,—un general demasiado querido de los soldados que manda, es justamente sospechoso á los que gobiernan, como sabes. Es cierto que la libertad podria correr peligro por la ambicion de semejantes hombres, si fuesen ambiciosos; pero yo... No importa; mi ejemplo podrá ser útil á la causa pública. Despues de haber salvado á Roma, Cincinnato volvió á arar su campo; como él amo á mi patria, y yo no puedo sino volver á las filas de donde la casualidad y mi trabajo me han hecho salir, demasiado pronto para mi tranquilidad.»

«Si tú lees—le decia en otra carta—la historia de las repúblicas antiguas, verás que la maldad de los hombres atormenta á todos los que como yo han servido bien á la patria.»

Estas cartas confidenciales de Hoche respiran el sentimiento de la antigüedad. En un tiempo en que la impiedad filosófica unida á la ligereza soldadesca borraba de la lengua y del corazon los sentimientos religiosos, admira el ver á un jóven héroe de la república elevar sin cesar su pensamiento al cielo, invocar á la Providencia, y hablar con un acento profundo á su mujer y á sus amigos de aquel gran Sér que le protege en los peligros, y al cual rendia su heroísmo como á origen de todo beneficio.

Estos meses de prision y aquella sombra del cadalso hicieron de Hoche el héroe que debia dentro de poco ahogar la guerra civil, tanto por la generosidad como por la fuerza.

## V

Despues de los cuarteles de invierno de 1793 á 1794, las demas fronteras presentaban la misma seguridad que las del Rhin. En Saboya, el general Dumas se apoderó de las alturas de los Alpes, y amenazaba desde la cumbre del San Bernardo y de Mont-Cenis á los piemonteses, aliados del Austria. El comité de salud pública meditaba la invasion de Italia. Massena y Serurier nos abrian paso á paso el acceso por el lado de Niza. Bonaparte, que no era todavía más que comandante de un batallon en aquel ejército, enviaba los planos á Carnot y á Barras. Aquellos planos revelaban en el jóven y desconocido oficial el genio futuro de la invasion.

En la Vendée, las columnas incendiarias de los republicanos llevaban por todas partes las llamas y la muerte. El general en jefe, Elbée, cayó en su poder y murió fusilado en Nantes.

En los Pirineos, el ejército español, privado por la muerte de sus dos generales Ricardos y O'Reilly, se cubria con el rio Ter de los ataques de Augereau, de Pérignon y de Dugommier. El viejo general Dagobert, impaciente por la inaccion á que estaba reducido en la Cerdaña, invadió á Cataluña, triunfó en Montelló, y espiró de fatiga en la Seo de Urgel, á la edad de setenta y ocho años. Despues de haber impuesto sobre sus conquistas ricas contribuciones que habia entregado fielmente en la caja del ejército, Dagobert murió sin otra riqueza que su uniforme y su sueldo. Los oficiales y soldados de su ejército se vieron obligados á escotar para subvenir á sus humildes pero gloriosos funerales. El general español conde de la Union, arrojado de posicion en posicion hasta la cumbre de los Pirineos, abandonó todos los valles y se retiró bajo el cañon de Figueras.